

DICHA Y TORMEN

POR JUAN G

PARA dar al alma satisfacción para la sed de belleza que constantemente manifiesta, es suficiente, a veces, apoltronarse en una cómoda butaca, cambiar la aguja del «pic up» y dejarla que vuele en alas de la armonía de los grandes artistas. Artistas humanos, al fin y al cabo, que, por geniales que hayan sido o sean, inciden también en inevitables defectos propios de esa humana condición. Es de creer, sin embargo, que esto no constituye una satisfacción completa. Para que el alma quede perfectamente satisfecha en este afán de belleza, no le queda más remedio que acudir a una obra de arte que sea fruto de un artista perfecto. Y sólo existe una: la Creación, en sus múltiples y variadísimas facetas. El Supremo Artista la produjo y la dejó aquí, en la sala de exposición del Universo, donde canta su gloria y deja suspenso al hombre.

Pero Dios, en su dilección hacia el hombre, no pretendió solamente asombrarle, sino también deleitarle, y sería por esto que, para distraerle del vértigo producido por la consideración de los espacios siderales, puso, más a su alcance, los mares en contraste con la tierra firme, las playas y los acantilados, rumorosos ríos con márgenes amenos, abiertas llanuras, valles saturados de ensueño y altivas montañas erguidas hacia el cielo. Y, en todo ello, animales, árboles, arbustos, matorrales, hierba, flores, frutas, piedras, peñascos, toda la intrincada gama que compone esto que el hombre, al permitirle Dios que lo señorease, ha llamado paisaje.

